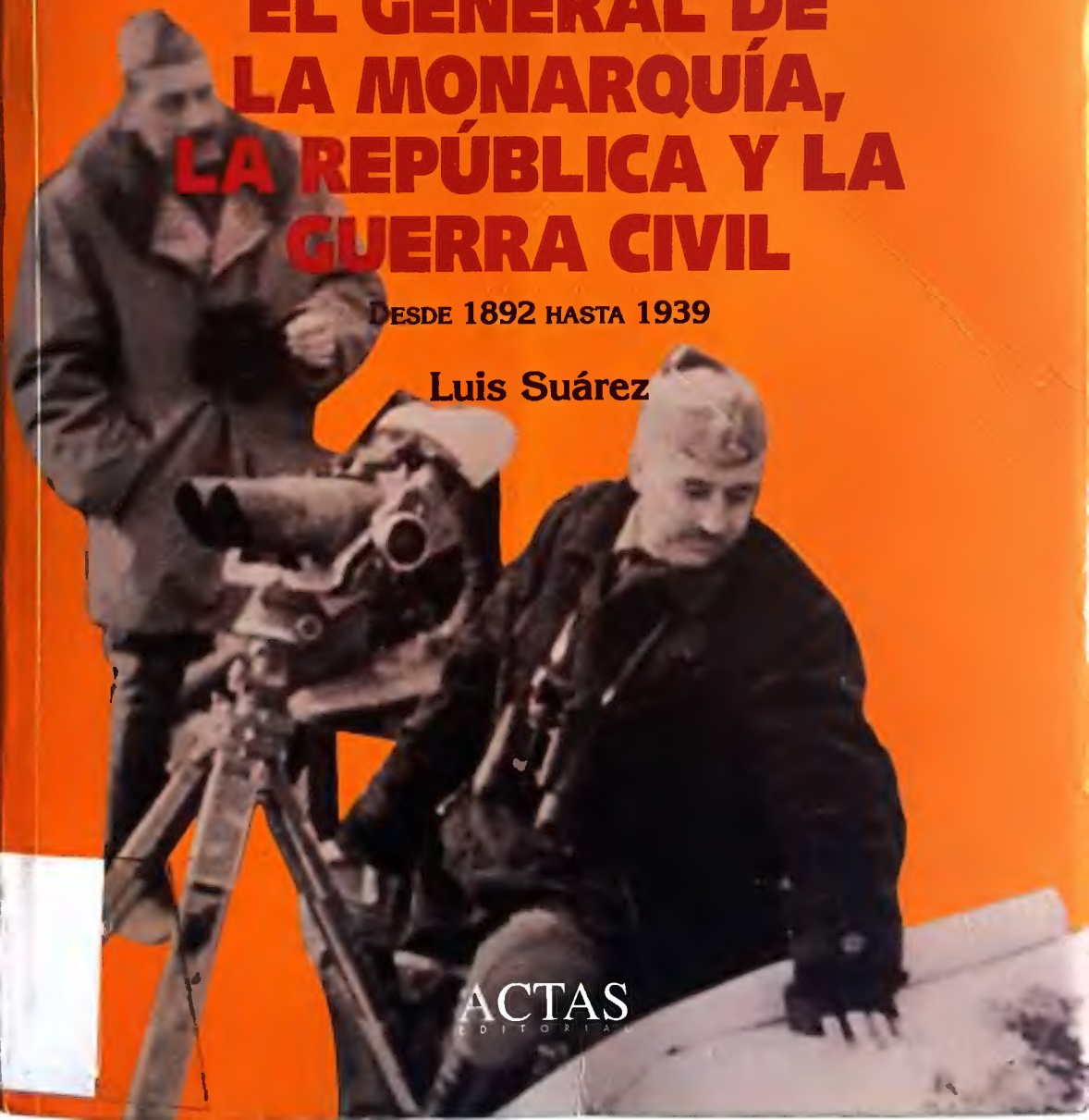
FRANCO

CRÓNICA DE UN TIEMPO

EL GENERAL DE LA MONARQUÍA, LA REPÚBLICA Y LA GUERRA CIVIL

DESDE 1892 HASTA 1939

Luis Suárez



ACTAS
EDITORIAL

Luis Suárez Fernández, nacido en Gijón en 1924 es, en la actualidad, profesor emérito en la Universidad Autonoma de Madrid, miembro de número de la Real Academia de la Historia, de mérito de la de Portugal y correspondiente de la de Buenas Letras de Barcelona y de varias de Hispanoamérica. También ha dirigido la Escuela del CSIC en Roma. Aunque es conocido especialmente por sus trabajos sobre Baja Edad Media, en especial la época de los Reyes Católicos, su interés es polifacético: comenzó sus investigaciones en el siglo XVII, ha escrito libros sobre Roma y el Oriente Antiguo, los judíos y las interpretaciones de la Historia y también diez volúmenes sobre diversos aspectos de la vida y obra de Franco.

FRANCO

CRÓNICA DE UN TIEMPO

Plan general de la obra:

1. El general de la Monarquía, la República y la Guerra Civil *(desde 1892 hasta 1939).*
2. España, Franco y la Segunda Guerra Mundial *(desde 1939 hasta 1945).*
3. La victoria frente al bloqueo *(desde 1945 a 1953).*
4. Los proyectos para una doble estabilización *(desde 1953 a 1961).*
5. Resistencia a la subversion *(de 1961 a 1967).*
6. El camino de tránsito hacia la Monarquía *(desde 1967 hasta 1975).*

Índices.

Luis Suárez va desgranando en las páginas de este libro los hechos a través de la documentación de que disponemos, sin juicios de valor ni interpretaciones, como corresponde al oficio de historiador, para ofrecer al lector las claves necesarias –África, la Dictadura de Primo de Rivera, la caída de la Monarquía, la República, las reformas de Azaña, la Revolución de 1934, el ascenso de los totalitarismos, el Frente Popular, etc.– para conocer y entender los acontecimientos y circunstancias que habrían de conformar la personalidad y el pensamiento del Generalísimo, que partiendo del desastre del 98, que Franco contemplaría con 5 años y en el seno de una familia tradicionalmente de marinos, habrían de desembarcar en el alzamiento de julio de 1936 y darían lugar al cruel enfrentamiento de las dos Españas que duró dos años y medio y que abrieron paso a un Estado nuevo: el Régimen de Franco.

FRANCO:
CRÓNICA DE UN TIEMPO

EL GENERAL DE LA MONARQUÍA, LA REPÚBLICA Y LA GUERRA CIVIL
Desde 1892 hasta 1939

ÍNDICE

Página

Nota previa 13
Introducción general. Franco, crónica de un tiempo 15

PRIMERA PARTE
FRANCO, GENERAL PARA LA MONARQUÍA Y LA REPÚBLICA

Capítulo 1. La adolescencia del niño que quiso ser marino 49
I. El linaje de Franco 49
II. España en el tránsito del siglo XIX al XX 54
III. Divisiones ideológicas 59
IV. 1898 63
V. La aparición de los separatismos 68

Capítulo 2. La llamada de África 74
I. Origen de la cuestión marroquí 74
II. La Academia de Infantería 77
III. La Semana Trágica de Barcelona 78
IV. El segundo teniente 83
V. Marruecos, al fin 85
VI. El teniente de Regulares 88
VII. Ascenso a capitán. La grave herida de *El Biutz* 91

Capítulo 3. 1917 95
I. Oviedo 95
II. Trasfondos doctrinales 98
III. Los mecanismos de la revuelta 101
IV. El comandante Franco y la revolución 108

Capítulo 4. Diario de una bandera 112
I. La primera idea de la Legión 112
II. Dar Riffien 117
III. De Uad Lau a Xauen 121
IV. Annual 125
V. Dar Drius 127

Capítulo 5. El camino de Alhucemas 131
I. El fin de la Restauración 131
II. Franco, al frente de la Legión 135
III. El enfrentamiento con Primo de Rivera 140

IV. La hora sombría de Xauen 143
V. Alhucemas 147

Capítulo 6. La Academia General de Zaragoza 154
I. El general más joven de Europa 154
II. El nombramiento de director de la Academia 158
III. El fin de la Dictadura 163
IV. El «error Berenguer» 167

Capítulo 7. 1931 173
I. Franco y el 14 de abril 173
II. Antimilitarismo 178
III. Anticlericalismo 182
IV. Cierre de la Academia General 188

Capítulo 8. El día en qne España dejó de ser católica 191
I. La declaración ante el comité del Congreso 191
II. La Constitución de 1931 195
III. Franco y el pronunciamiento de Sanjurjo 202
IV. La Comandancia General de Baleares 208

Capítulo 9. Franco se alinea en el anticomunismo 213
I. El joven orador del teatro de La Comedia 213
II. La doctrina falangista 218
III. Victoria electoral de la CEDA 222
IV. Ascenso a general de División 227

Capítulo 10. Franco y la Revolución de Octubre 233
I. Los preparativos del Golpe Socialista 233
II. La toma de decisión 236
III. Franco en el Ministerio de la Guerra 240
IV. Las consecuencias 245

Capítulo 11. Reorganizar el Ejército 249
I. La evolución falangista 249
II. Franco, jefe del Ejército de África 252
III. Franco, al frente del Estado Mayor 255
IV. El fin de Lerroux 261

Capítulo 12. La tentación resistida 265
I. Diciembre, 1935 265
II. Las opciones preelectorales 268
III. El resultado de la votación 273
IV. Cinco días de febrero 276

SEGUNDA PARTE
GENERALÍSIMO Y JEFE DE ESTADO

Capítulo 13. Los preparativos para el Alzamiento 285
I. El fin de Alcalá Zamora 285
II. La candidatura por Cuenca 290
III. Los antecedentes de la conspiración 294

Capítulo 14. De Canarias a Marruecos. El vuelo del Dragón 301
I. La carta a Casares Quiroga 301
II. Los argumentos jurídicos encontrados 307
III. Galicia saluda a Francia 313
IV. Sin novedad en Marruecos, mi general 315

Capítulo 15. Internacionalización del conflicto 320
I. Cuatro días de julio 320
II. Equilibrio de fuerzas 327
III. La búsqueda de mercados 330
IV. El «pecado original» de Franco 335
V. La posición ideológica inicial de Franco 339

Capítulo 16. Cruzar el Estrecho 343
I. La firme decisión 343
II. Por aire y por mar 345
III. Los barcos que la cruzaron 349
IV. De Sevilla a Talavera 352

Capítulo 17. La elección de Franco para la Jefatura del Estado 361
I. La actitud de la Iglesia ante el Alzamiento 361
II. La caída de Talavera produce cambios 366
III. Hora de decisiones 371
IV. El Decreto 375
V. Investidura burgalesa: el Caudillo 380

Capítulo 18. Los cambios políticos internos 385
I. El ascenso de los totalitarios 385
II. Salamanca, Cuartel General 388
III. Salvar a José Antonio 392
IV. La difícil cuestión vasca 399
V. Don Miguel de Unamuno 403

Capítulo 19. Madrid: La batalla perdida 408
I. El proyecto de No Intervención 408
II. La marcha sobre Madrid 412
III. El asalto a Madrid 417

Capítulo 20. Reconocimiento oficial de Alemania e Italia 423
I. La idea de enviar «voluntarios» 423
II. La muerte de José Antonio 426
III. El acuerdo hispano-italiano 429
IV. Batallas en torno a Madrid 432
V. Las gestiones del doctor Junod 437

Capítulo 21. Del altar y del trono 441
I. La actitud inicial del Vaticano 441
II. Las primeras gestiones de Gomá 445
III. Masonería 448
IV. Perspectivas de restauración 450
V. De nuevo el Comité de No Intervención 454

Capítulo 22. Guadalajara no fue Abisinia 456
I. CTV. Corpo di truppe volontaire 456
II. Guadalajara: un objetivo muy preciso 458
III. De nuevo la No Intervención 462

Capítulo 23. Un largo camino hacia la unidad política 466
I. Rumores salmantinos 466
II. *Mit brennender Sorge* 470
III. El Decreto comienza a gestarse 474
IV. Tres noches de abril 477
V. Prisión de Manuel Hedilla 482
VI. Proceso y sentencia 485

Capítulo 24. Las claves de una polémica: El Vaticano, los vascos, Guernica 491
I. Los voluntarios vasco-navarros 491
II. La Cuaresma de España 495
III. La ruptura del frente de Vizcaya 500
IV. El bombardeo de Guernica 503
V. Las concesiones de Franco 506
VI. Gomá y Pizzardo 510

Capítulo 25. Bilbao: el gran cambio 513
I. Los obispos deben pronunciarse 513
II. Cambio de Gobierno en Valencia y muerte de Mola 515
III. Incidentes internacionales 519
IV. Al fin, Bilbao 522
V. El Vaticano reconoce a Franco 526

Capítulo 26. La decisión de Brunete 534
I. Eliminación del POUM 534
II. *Animal Farm* 536
III. ¿Victoria o derrota? 539

IV. La consecuencia: Santander 542
V. Belchite 545
VI. El final del frente Norte 547

Capítulo 27. Construir el Movimiento 550
I. Eliminación de la democracia inorgánica 550
II. El anuncio de la Monarquía 553
III. Los Estatutos del Movimiento 557
IV. Las dificultades internas 561

Capítulo 28. Minas, submarinos, aviones: la fuente de conflicto con el III Reich 566
I. ¿Beligerancia? 566
II. La conferencia de Nyon 569
III. Alemania presenta sus demandas 572
IV. El proyecto Montana 575

Capítulo 29. Primer ensayo de ruptura con la Hisma 580
I. Consejo Nacional del Movimiento 580
II. Vicente Rojo conquista Teruel 585
III. En las horas bajas 589
IV. La ruptura con la Hisma 591

Capítnlo 30. Institucionalizar la Dictadura 594
I. El Consejo de Ministros 594
II. Las primeras acciones del Consejo 597
III. El crecimiento de Serrano Suñer 601
IV. Las muy delicadas negociaciones con el Vaticano 605
V. El fracaso de Manuel Irujo 609

Capítnlo 31. Mare Nostrum 613
I. La decisión de febrero 613
II. El Fuero del Trabajo 616
III. Primeros pasos hacia una guerra general 620
IV. La batalla de Aragón 622

Capítulo 32. Final del Proyecto Montana 627
I. Las decisiones de Negrín 627
II. Dirigismo estatal deliberado 630
III. De nuevo el freno en los avances 634
IV. Las directrices políticas del conde de Jordana 637
V. La ley de Minas 643

Capítulo 33. Las aguas del Ebro no pasaron por Munich 646
I. Los planteamientos militares 646
II. El estancamiento 650
III. La crisis sudete 653
IV. La victoria en el Ebro 658

Capítulo 34. Barcelona 662
I. Secuelas diplomáticas de Munich 662
II. Los últimos esfuerzos de paz 666
III. El avance hasta Barcelona 669
IV. El final del Régimen Republicano 675

Capítulo 35. ...Y, al final, Madrid 678
I. Franco se adhiere al Pacto Antikomintern 678
II. Proyectos para una capitulación 681
III. Los cuatro días de marzo 688
IV. La liquidación de la guerra 690

Notas
Notas al Capítulo 1 694
Notas al Capítulo 2 697
Notas al Capítulo 3 701
Notas al Capítulo 4 703
Notas al Capítulo 5 705
Notas al Capítulo 6 708
Notas al Capítulo 7 709
Notas al Capítulo 8 713
Notas al Capítulo 9 716
Notas al Capítulo 10 719
Notas al Capítulo 11 721
Notas al Capítulo 12 723
Notas al Capítulo 13 725
Notas al Capítulo 14 729
Notas al Capítulo 15 732
Notas al Capítulo 16 736
Notas al Capítulo 17 739
Notas al Capítulo 18 743
Notas al Capítulo 19 747
Notas al Capítulo 20 749
Notas al Capítulo 21 751
Notas al Capítulo 22 753
Notas al Capítulo 23 755
Notas al Capítulo 24 760
Notas al Capítulo 25 764
Notas al Capítulo 26 768
Notas al Capítulo 27 769
Notas al Capítulo 28 771
Notas al Capítulo 29 773
Notas al Capítulo 30 775
Notas al Capítulo 31 779
Notas al Capítulo 32 781
Notas al Capítulo 33 783
Notas al Capítulo 34 785
Notas al Capítulo 35 787

NOTA PREVIA.

Ignoro, al comenzar la que es ya tercera redacción de esta obra, si llegará un día a publicarse o si, dada mi edad, conseguiré concluirla. Ante todo quiero decir que he tenido en cuenta todas las observaciones que se me han hecho acerca del texto de mi primera edición. Insisto en algo que ya entonces dije y que me propongo mantener con más rigor todavía: escribo sin odios ni aficiones; no estoy en contra de nadie ni a favor de ninguno. Pero me mueve el propósito de cumplir un oficio de historiador que consiste en explicar los sucesos utilizando para ello también las opiniones de los protagonistas: esto es lo que ha chocado y seguirá chocando, me temo, con las actitudes de nuestros días. Al establecerse un criterio oficial –la época de Franco debe considerarse como suma de males sin mezcla de bien alguno– cualquiera que se empeñe en descubrirla como lo que fue, errores y aciertos, programa político sometido a criterios religiosos, en parte cumplido y en parte no, será inevitablemente juzgado como un defensor. Es bien sencillo: quien no condena e injuria, defiende y justifica.

Pero la época de Franco, que cubre casi cuarenta años, fue en sí misma grande, porque los acontecimientos que en ella se produjeron revistieron la grandeza de la guerra y la paz, el asedio exterior, el desarrollo económico y la búsqueda, al final fallida, de una estructura política duradera distinta del totalitarismo socialista o hegeliano y de la democracia liberal parlamentaria. Sólo es posible acceder a ella de modo satisfactorio a través de los documentos conservados. El autor ha podido consultar, mediante fotocopias, muchos de ellos, en especial los que el propio Generalísimo guardaba. El método aplicado es el más rigurosamente tradicional en la investigación histórica: dejar que los documentos y los testimonios hablen por sí mismos, huyendo de interpretaciones para evitar, en lo posible, el juicio previo, la formulación de opiniones y el recurso a las fuentes para apoyarlas y no para rectificarlas.

Franco hizo de la lucha contra el comunismo –en general contra el marxismo– y de la defensa de la Iglesia el eje fundamental de su existencia. Los documentos van a hablarnos de esa lucha. Pero evitaremos cuanto nos sea posible los calificativos. Todas las personas merecen ser tratadas con el mayor respeto: si alguna vez se desliza algo que no lo demuestre, debe atribuirse a la torpeza del autor, no a su intención. Se apreciarán numerosas lagunas, pero esto debe tomarse como incitativa a otros historiadores a fin de que puedan llenarlas. Que no lo hagan con opiniones, recuerdos o sentimientos sino con fuentes testimoniales objetivas, es lo que el autor desea y recomienda. Pasados ya casi veinticinco años desde la muerte de Francisco Franco, deberíamos contar con la serenidad suficiente para hacerlo así.

Este libro, largo, por exigencias del tema, no se presenta con pretensiones de obra definitiva. Provisional y muy provisional. Vamos a entrar en un mundo complejo y muy rico por sus dimensiones: al mismo tiempo que se despejarán incógnitas y se abrirán procesos, van a plantearse nuevas cuestiones a las que otros habrán de responder. Así es el conocimiento histórico. Su utilidad consiste precisamente en que permite explicar y, con ello, induce a los hombres a la reflexión.

L.S.F.

SEGUNDA PARTE

GENERALÍSIMO Y JEFE DEL ESTADO

CAPÍTULO 34.

BARCELONA.

I. SECUELAS DIPLOMÁTICAS DE MUNICH.

1. A pesar de la victoria, que hemos de considerar absolutamente decisiva, en el Ebro, no debe olvidarse que la crisis de Munich, seguida por una cadena de exigencias alemanas que inevitablemente iban a conducir a Europa a la guerra, ejerció gran influencia sobre la conducta de Franco, que se veía afectado además por circunstancias poco favorables. La situación económica empeoraba, aunque no así la financiera. A pesar del incremento de la producción industrial vizcaína y asturiana, que se reflejó en la elevación de las cotizaciones en la Bolsa, el mercado interior mostraba índices de desabastecimiento con aumento de precios en los artículos de consumo y en grave daño de los salarios, que se conservaban rigurosamente estables. Por vez primera la España nacional se enfrentaba con problemas de escasez, todavía en términos moderados, aunque era previsible su vertiginoso aumento cuando se procediese a la «liberación» de grandes zonas. Los llamamientos de reclutas –en la práctica todos los hombres entre 18 y 31 años estaban bajo las armas– y el elevado número de prisioneros restaban mano de obra para el trabajo útil. La peseta, que tenía asignado un valor de 42'5 en relación con la libra, circulaba a 100 en el mercado libre; es cierto que había que dar 500 pesetas republicanas para conseguir una sola divisa británica.

Las noticias que llegaban del exterior –el anuncio del Führer de que no se conformaba con los acuerdos de Munich y exigía la disolución de Checoslovaquia– empujaban a Franco a buscar en el plazo más breve posible la liquidación de la Guerra Civil, abandonando sus acostumbradas cautelas: de todas formas su Estado Mayor conocía las claves del Ejército Rojo, descifradas por el decano de la Facultad de Ciencias de Zaragoza, José María Íñiguez Almech,[1] y por consiguiente conocía muy bien la situación real del enemigo, más allá de las cifras puramente estimativas. También conocía, gracias a los contactos establecidos por el coronel Ungría en Francia, los manejos que se estaban produciendo en Marruecos.[2]

Juan Vigón y Kindelán defendían a ultranza la maniobra conducente a la ocu-

pación de toda Cataluña, librándose del espejismo de Madrid, ya que las condiciones en que había quedado el GERO, tras la derrota, facilitaban la operación.[3] Hay, en todo esto, una cuestión discutible. Si atendemos únicamente a los datos que se reflejan en los estadillos, el 1 de octubre la superioridad estaba del lado de los rojos, que disponían de 70 Divisiones de 14.000 hombres mientras que los nacionales contaban con 54 –o 55 si se añade la caballería– de 12.000.[4] Pero estas cifras son absolutamente engañosas ya que muchas unidades existían sólo sobre el papel y los soldados en armas padecían una completa falta de preparación. Las memorias de los combatientes republicanos y del propio Azaña, intentarán, en el recuerdo, disminuir, al máximo, sus disponibilidades,[5] pero tampoco esto es correcto. La verdadera esperanza de los republicanos se apoyaba en la recepción de los grandes pedidos de armas que Hidalgo de Cisneros consiguió que la Unión Soviética le otorgara después de una conversación directa con Stalin, Molotov y Vorochilov, en noviembre de 1938. Los barcos cargaron el material en Murmansk para desembarcarlo en puertos franceses y desde allí, conducirlo a Cataluña por tierra. No todos los envíos llegaron a tiempo.

2. Franco pudo escoger ahora Cataluña porque las circunstancias internacionales habían cambiado: la declaración de neutralidad del mes de septiembre fue aceptada por los aliados como algo serio, permitió mejorar las relaciones con Francia –en especial tras la salida de los voluntarios italianos– y alejar el peligro de una intervención. La orden disponiendo el plan de acción fue firmada por el Generalísimo el 26 de noviembre de 1938. No es inverosímil que el Gobierno español, a través de sus contactos alemanes, conociera el grado de descontento a que se estaba llegando en medios militares por las arriesgadas gestiones de Hitler.[6] Por estos mismos días Jordana pasaba a Franco largos despachos e informes enviados desde Berlín que demostraban que, a los ojos de los nazis, se estaba convirtiendo en aliado indigno de confianza.[7] Desde Berlín el vizconde de Rocamora también decía que «el propio Duce se expresó en términos muy duros contra nosotros en la Conferencia de Munich».

Munich fue, pues, punto de partida para una situación diplomática que pudo sostenerse durante año y medio, hasta la caída de Francia. Consistía en mantener, con las palabras más cálidas y el mínimo posible de compromisos, la amistad con Alemania e Italia, naciones acreedoras, al tiempo que se buscaba un acercamiento a Francia e Inglaterra. Como en caso de guerra se esperaba que los ejércitos franceses y británicos resistiesen, reproduciéndose la situación de 1914-1918, España podía quedar a cubierto y eludir graves compromisos. Dicha política era más fácil de formular que de ejecutar. Goering no estaba dispuesto a renunciar al que llamaba «botín de guerra» en España.

El 1 de noviembre de 1938 tuvo lugar un relevo en el mando de la Legión Cóndor, poniéndose de este modo fin a las especulaciones sobre su retirada: el general Hellmuth Volkmann fue sustituido por Wolfram, que era «barón von Richthofen, de superior graduación» y fama.[8] Las razones que movían a Goering a disponer este cambio, que significaba la renovación de la unidad militar, no podían estar más claras: el proyecto Montana, definitivamente encauzado por medio de la Ley de Minas, exigía que creciese la cuenta de compensación en pesetas dentro de España. El 7 de noviembre el mariscal del Aire, como responsable de su plan cuatrienal, cursó órde-

nes para que no se hiciesen nuevas entregas de material de guerra sin estudiar y regular al mismo tiempo la forma en que iban a garantizarse los pagos. En este momento, noviembre de 1938, y teniendo en cuenta tan sólo los gastos originados por la Legión Cóndor, la cuenta se elevaba a los 200 millones de marcos. El Gobierno alemán solicitó que esta suma –y no era la parte mayor en el conjunto de la deuda– se invirtiese íntegramente en las cinco empresas mineras que, el 10 de noviembre, anunció Johannes Bernhardt que ya estaban constituidas. Aunque en ellas oficialmente el capital alemán invertido constituía tan sólo el 20%, en la práctica no era así: la HISMA se aseguraba el dominio completo empleando socios españoles que no eran sino la cobertura de la participación germánica. De modo que el refuerzo de la Legión Cóndor era un medio relativamente cómodo para transferir dinero a la Península.

3. El embajador español, marqués de Magaz, organizó en Berlín un almuerzo en honor del nuevo jefe de la Legión, al que sentó entre el vizconde de Rocamora y el secretario de Embajada, Vargas Machuca, dando a éstos la oportunidad de recoger sus indiscretas confidencias. Obtuvieron, de hecho, importantes revelaciones acerca de las acusadas divergencias existentes entre el Ejército, el Partido y los tradicionales órganos de Administración. Ni Keitel ni Ribbentrop eran obedecidos en la forma que ellos creían y a otros se hacía creer; a veces, los informes que Canaris y von Stohrer enviaban desde España, no llegaban a conocimiento de los jefes superiores. La principal influencia sobre Hitler, en aquellos momentos, la ejercía Goering y el corpulento mariscal del Aire no ocultaba su desconfianza hacia los gobernantes españoles; a veces se pronunciaba con manifiesta hostilidad.

El barón hizo a sus interlocutores un relato de las visitas que hiciera a Hitler y a Goering después de su nombramiento: a ambos solicitó más y mejor material para sus fuerzas. El mariscal se mostró especialmente crítico: con una clara alusión a la declaración de neutralidad, dijo que Alemania estaba desilusionada de la actitud de España, después de lo que nos había ayudado. Habló a continuación de los intereses económicos y mineros. Los españoles tenían muy claro que la irritación de Goering se debía a «que hemos declarado nuestra neutralidad demostrando con esto al mundo que España no se hace solidaria de la política alemana, dando por tanto a Francia una garantía de nuestra neutralidad para lo futuro». Los proyectos de evacuación de los italianos y el anuncio, en la primavera de 1938, de que también la Legión Cóndor debería ser retirada, habían provocado hondo malestar.

La crisis en las relaciones germano-españolas se anunciaba bastante seria, pues el Führer había comentado, con toda claridad, que no confiaba en España. «Cree que el futuro Estado español ha de estar influido y mediatizado por un poder religioso dependiente de Roma, con tendencia liberal o liberaloide, y desde luego no afín a la política que sobre este punto sigue Alemania». «Tampoco ha de ser el futuro Estado español esencialmente nacional-socialista, no siendo por tanto de aplicación las teorías y sistemas que aquí se ponen en ejecución». Daba por sentado, además, cierta inclinación –retorno– a las influencias británicas, diciendo que «seguramente hemos de acudir a países de recursos financieros como Inglaterra, que nos puedan ayudar en nuestra reconstrucción nacional». En un momento de la conversación, y refiriéndose de una manera expresa a la declaración de neutralidad, Adolf Hitler habría dicho textualmente, según Richthofen: «es ist eine Schweinerei,

aber was konnten die arme Kerle machen?». Frase esta que el embajador púdicamente tradujo como «es una porquería ¿pero que otra cosa pueden hacer los pobres?». En crudo castellano tendríamos que traducirla de este modo: «una cerdada, pero ¿qué pueden hacer los pobres diablos?».

Este mal entendimiento entre el Führer y el Caudillo, que no debe interpretarse como disensión entre Alemania y España, ligadas a un matrimonio de interés, aparece desde noviembre de 1938 en forma bastante clara y se irá acentuando, aunque muy lentamente. En aquella ocasión el embajador en Berlín, que consideraba primordiales las buenas relaciones entre ambos Jefes de Estado, recomendó a Franco que escribiese a Hitler una carta dando toda clase de explicaciones. Magaz no se equivocaba en sus apreciaciones: el vino de la amistad se estaba agriando. Primero habían sido las dificultades impuestas en la Ley de Minas, luego la declaración de neutralidad y más tarde los informes pesimistas de los militares alemanes e italianos como el general Veidt. Por encima de todo estaba la otra razón que el marqués de Magaz explicaba diciendo que el régimen español seguía un rumbo «contrario a la campaña anticristiana que aquí impera». Hitler, en definitiva, había perdido la esperanza de hacer de Franco un buen nacionalsocialista.

Es difícil, en cambio, averiguar las razones profundas de las confidencias de von Richthofen. Se proponía, acaso, revelar al Cuartel General las diferencias que existían entre los militares y el Partido alertándolo en favor de los primeros: aconsejó prescindir de los buenos oficios de Bernhardt, a quien se contemplaba con desconfianza, y hacer todos los pedidos de armas a través de los agregados militares, Funck y Scheele, que eran auténticos soldados. El diálogo entre el barón, Magaz y Rocamora, tiene un aire espontáneo que no convence: el lector tiene a veces la impresión de que se alzaba por encima de los intereses políticos para fomentar una unidad en lo importante, las armas y el patriotismo.

Francisco Gómez de Jordana, militar e hijo de militar, meditó profundamente sobre este insólito informe, e hizo subrayados y anotaciones antes de pasárselo a Franco. Sobre su mesa de trabajo tenía, al mismo tiempo, una reclamación formulada por Stohrer, siguiendo órdenes del propio Hitler: el capital reconocidamente alemán en las empresas mineras debía elevarse hasta el 35%, garantizándose además por medio de un tratado de amistad muy estrecho y vinculante entre Alemania y España. Indudablemente –apuntó el ministro español en sus notas a Franco– los alemanes juzgan que lo estamos haciendo muy mal. No les molestó la declaración de neutralidad por sí misma, sino porque ha venido a demostrarles, en Munich, que no podían presentarse ante sus interlocutores franceses y británicos como si fuesen dueños de España. Y ahora parecen interesados en que la Guerra Civil se alargue porque piensan que así «les necesitamos más». «En el caso de que Su Excelencia escribiera la carta de que se habla en el informe, sería muy conveniente medir cada palabra a fin de que no pudiera quedar ningún resquicio que supusiera compromiso de ninguna clase para el día de mañana».

Es evidente que Franco cedió ante las presiones alemanas: el 19 de diciembre de 1938, haciendo uso del poder discrecional que le otorgaba la Ley de Minas, autorizó un aumento del porcentaje de capital alemán en las cinco empresas recientemente registradas por la HISMA, en unos casos hasta el 60%, y en otros hasta el 75%. El día 20 Stohrer recibió de labios de Jordana la confirmación de que Franco pensa-

ba escribir una carta a Hitler disipando los malentendidos y negando categóricamente las promesas que se le habían atribuido en relación con los aliados.[9] La autorización, referida a cinco empresas y nada más, no era satisfactoria. Los técnicos alemanes no tardaron en descubrir que se trataba de concesiones muy poco importantes, yacimientos nunca explotados, cuyo rendimiento se desconocía y, en todo caso, de los que la economía española nunca se beneficiara. Hubo cierto resquemor.

II. LOS ÚLTIMOS ESFUERZOS DE PAZ.

1. En el segundo aniversario del comienzo de la Guerra Civil, Azaña, en un discurso difundido por la prensa, hizo una propuesta, destinada a lograr apoyos en el exterior, consistente en concluirla mediante una tregua seguida de negociación, en que ambas partes se ofreciesen amnistía y perdón. Sobrevino después la breve euforia del Ebro que levantó esperanzas de victoria o, al menos, de estabilización inmediata de las hostilidades. Negrín, como explicamos, también se inclinaba por alguna forma de negociación en los días de la crisis de Munich. No era ningún secreto que sus relaciones con el Presidente de la República y también con Indalecio Prieto eran muy malas. En realidad don Juan, que anunciaba a veces su intención de retirarse, buscaba una concentración de poder en sus manos, nacionalizando la industria de guerra y pasando a la jurisdicción militar las causas relacionadas con la contienda, como la de una red de espionaje y sabotaje descubierta en Cataluña que había dado origen a 58 sentencias de muerte aún pendientes de ejecución.

Es muy difícil, para los historiadores, conocer cuáles eran las verdaderas intenciones del doctor Negrín; escasea la documentación conocida y abundan los libros de memorias y los testimonios. Por los datos que poseemos se tiene la impresión de que, habiendo perdido la esperanza de lograr la victoria, quería salvar lo que se pudiera y, dada la absoluta negativa de Franco a admitir cualquier clase de negociación, la única posibilidad consistía en que la cuestión española se incluyese en la agenda de los problemas europeos que debían ser discutidos y resueltos en conferencias como la de Bad Godesberg o Munich. Azaña, en cambio, quería aprovechar la crisis provocada por el enfrentamiento de Negrín con los nacionalistas vascos y catalanes, para inducir al Gobierno a una remodelación. En cierto momento, Negrín temió que el Presidente llamara a Julián Besteiro, que permanecía apartado de toda actividad política, pero que había tenido cierto protagonismo en proyectos de este tipo en 1937 para que formara un nuevo Gobierno, el de la capitulación. Por eso, con apoyo de los comunistas, a los que tampoco quería entregarse excesivamente, pero que eran los únicos decididos a prolongar la guerra, provocó la crisis de agosto de 1938, que permitió la salida de Ayguadé y de Irujo, y propició una maniobra interna tendente a concentrar el poder en sus manos.

Negrín triunfó en este punto mientras fracasaba en el campo de batalla. El 30 de setiembre las Cortes, reunidas en San Cugat del Vallés, localidad a la que se había cambiado el nombre, aprobaron una ley que otorgaba plenos poderes a Negrín; era una auténtica Dictadura la que se establecía. Lo que al principio de la guerra se negara, pese a ser de perentoria necesidad, aparecía ahora como una imposición de las circunstancias, el pleno sometimiento de los poderes del Estado a una persona.

2. El entendimiento con Europa exigía una condición: tenían que regularizarse las relaciones con el Vaticano, pues solo la intervención de la Santa Sede podía proporcionar la fuerza necesaria para quebrantar la resistencia que Franco presentaba. Era algo muy difícil de conseguir porque la persecución religiosa había sido feroz y seguía siendolo. Tras la segunda detención de Torrent el 25 de abril y la ejecución de la sentencia dictada contra José Masip, ¿qué confianza podían tener los eclesiásticos, ni qué necesidad, ahora que se contemplaba como segura la victoria de Franco? El único interlocutor posible era nuestro ya conocido don Salvador Rial, vicario de Tarragona y administrador apostólico de la diócesis de Lérida en poder aún de los republicanos. Se trataba de un buen sacerdote, pero separatista convencido. Él mismo podía presentarse como víctima de persecución, vejámenes y malos tratos: encerrado en un barco hasta el 16 de junio de 1937, dos veces estuvo a punto de que lo fusilaran. Sin embargo tenía conciencia de que Dios le había preservado para que sirviese una misión de paz. Desde el 9 de marzo de 1938 compartía con Torrent la más alta responsabilidad en Cataluña.

El clero francés, muy de acuerdo con las preocupaciones de su Gobierno y muy influyente además en el Vaticano, había elaborado una doctrina: la victoria de Franco traería consigo el establecimiento en España del nacionalsocialismo con las consecuencias políticas y religiosas que eran de prever. El único modo ya de impedirlo era evitar que llegara a alcanzarla; la mejor salida era la suspensión de hostilidades y el fin de la guerra mediante una negociación que entregara la victoria a terceros. El cardenal Vidal i Barraquer coincidía, al menos en gran parte, con esta tesis. Desde el punto de vista de los catalanistas había otra razón: sólo las negociaciones podían salvar el Estatuto de Autonomía que peligraba. Estos dos factores determinaron al vicario a aceptar el compromiso de convertirse en agente diplomático de la República, exponiéndose a las represalias que después sobrevendrían. Los nacionales le consideraron como un traidor.

Julio Álvarez del Vayo, ministro de Estado, proporcionó a monseñor Rial un pasaporte diplomático a fin de que pudiera ir a Italia, entrevistarse con el cardenal y negociar en su nombre con la Santa Sede. Pero las instrucciones que Manuel de Irujo, todavía ministro, le transmitió eran puramente verbales. Llegado a la cartuja de Vailsainte escribió al cardenal Pacelli una carta (12 de agosto) transmitiéndole los tres encargos que «me ha confiado»: a) era deseo unánime del Gobierno de la República establecer relaciones con el Vaticano; b) se pedía al cardenal Vidal que regresara a Tarragona; y, c) que la Santa Sede nombrase una representación diplomática con la que se pudiera negociar el cumplimiento del punto 13 del programa Negrín acerca de la libertad religiosa. Vidal y Barraquer se encargó de solicitar de la Sede romana un pasaporte que permitiera a don Salvador ir a Roma, informar, y regresar a Tarragona, pues sus familiares podían sufrir represalias en el caso de que no volviera. Con este salvoconducto estuvo en el Vaticano entre el 28 de setiembre y el 7 de octubre, es decir, coincidiendo con la asunción de plenos poderes por Negrín y con el comienzo de la ofensiva nacional en el Ebro.

Rial no fue recibido por Pacelli, ausente a la sazón, sino por Pizzardo y Tardini; el informe que dio era muy pesimista: en aquellos momentos no existía libertad religiosa alguna, apenas si 17 sacerdotes estaban ejerciendo sus funciones en casas particulares sin ser molestados por la policía y la inmensa mayoría de los supervi-

vientes se mantenían cuidadosamente ocultos; la «carta de trabajo» reclamaba tantas condiciones de adhesión a la República y rechazo de los obispos franquistas –únicos que ejercían entonces sus funciones– que recordaba dolorosamente a los «juramentados» de 1791. Precisamente por esta causa proponía que se nombrase un visitador apostólico con poderes para negociar, condición sin la cual no podía esperarse que el Gobierno de la República otorgase mayores libertades. Esta propuesta era lógica en el caso de que se confiase en la duración de este Gobierno. Pero en aquellos momentos la victoria final de Franco era ya inevitable.

Pío XI rechazó la idea de la negociación; por eso no quiso designar el visitador que se solicitaba. En cambio aceptó que los dos vicarios se reuniesen para tomar conjuntamente medidas que mejorasen la situación, otorgándoles facultades para impartir el sacramento de la confirmación. La prensa extranjera filtró la noticia dando a entender la existencia de negociaciones, lo que obligó a la Radio vaticana a hacer un desmentido oficial (9 de noviembre). El 9 de diciembre, Negrín estableció el Comisariado General de Cultos. Demasiado tarde. La República tampoco estaba dispuesta a rectificar en sus principios: el decreto afirmaba que la persecución había sido causada por la actitud facciosa de obispos y de clérigos; a ellos habría que achacar la primera responsabilidad.[10] La prensa nacional también se ocupó del tema para calificarlo de maniobra hipócrita. Rial sería perseguido más tarde por su colaboración con el enemigo, aunque no se le detuvo ni condenó. A Vidal se prohibiría el regreso a España. Las guerras generan siempre posiciones muy rígidas.

3. No es mucho lo que conocemos acerca de estas postreras negociaciones de paz. En la mente y los propósitos de Azaña, según él mismo explica –y no tenemos ninguna razón para dejar de creerle– la idea de liquidar la Guerra Civil por el procedimiento de las conversaciones entre ambos bandos, era muy antigua: de hecho parece cierto que las tímidas gestiones de Julián Besteiro en Londres en mayo de 1937 obedecían, sin la menor duda, a instrucciones, sugerencias u órdenes del Presidente. Quedó flotando en el aire la idea, que Negrín compartía, de que la presencia de aquel político en el Gobierno sería la señal de la capitulación. Hubo gestiones, del embajador alemán en París (2 de agosto) y del ministro de Asuntos Exteriores de Uruguay (16 de agosto), cerca de la Unión Panamericana para que los países de habla española, tradicionales amigos de España, interviniesen como mediadores. A esto obedecen la entrevista de Negrín con Walczeck en Zurich, el 8 de setiembre, y los intentos ya explicados de contacto con la Santa Sede.

Prieto, en sus *Memorias,* dice que él compartía la opinión de Azaña, y que llegó a proponer a Negrín la posibilidad de entrevistarse en algún lugar neutral con Serrano Suñer y Fernández Cuesta, personas que le debían cierto agradecimiento, sin duda. Pero Negrín se opuso hasta que no tuvo concentrado el poder en sus manos: el 16 de noviembre de 1938, cuando Prieto emprendió viaje a Chile como plenipotenciario en la toma de posesión del Presidente Pedro Aguirre Cerdá, convencido ya de que se había llegado al final, otorgó al viejo socialista bilbaíno poderes para gestionar una mediación. En el fondo tras todas estas gestiones había un propósito definido: salvar la República, su sistema, sus partidos, aprovechando que todavía era la forma legítima aceptada por la mayor parte de los países y también por la Sociedad de Naciones.

Para explicarlo mejor: después de Munich, y como una parte de los arreglos, más supuestos que reales, para construir la paz en Europa, se debía convocar una nueva conferencia sobre España en donde un movimiento militar, con apoyo nazi y fascista estaba a punto de triunfar; discutiendo en una mesa de negociaciones en la que las grandes potencias tendrían el poder decisivo, se podía desarmar a Franco obligándole a aceptar una solución con democracia liberal, partidos y Parlamento, amén de otras concesiones. En ese caso el vencedor se convertiría en vencido –situación que se repite cuarenta y cinco años después– obteniendo desde luego garantías para los suyos e incluso ciertas ventajas personales. Chamberlain dijo que estaba de acuerdo y que una segunda Munich resultaba conveniente. El 3 de octubre el Presidente Roosevelt se sumó a estas propuestas de negociación.

La acütud de Franco y de sus compañeros de armas resultaba lógica. La negociación, en tales circunstancias, era simplemente un fraude: lo único que podía admitirse era una capitulación, negociando acaso las condiciones que se otorgarían. Pero la República, no, pues carecía de legitimidad. En la sesión del 22 de diciembre de 1938 el Consejo de Ministros acordó nombrar una comisión de juristas de reconocida fama y solvencia dentro y fuera de España para demostrar y explicar la ilegalidad del Régimen republicano derribado el 18 de julio.[11] No se trataba de aportar ninguna plataforma de legalidad al Movimiento sino de demostrar, en opinión de los juristas, que la República había incurrido desde el primer momento en ilegitimidad. De esta manera podía responder a quienes le proponían negociación que no es necesario tomar en consideración lo que carece de todo fundamento. De cualquier modo el propio Franco había dicho en otra ocasión a Cantaluppo que el entendimiento entre los dos bandos era imposible pues él se proponía establecer un modelo de Estado que los rojos jamás aceptarían. ¿Qué se podía negociar, salvo las condiciones para una deposición de las armas? Ni Azaña, ni Prieto, ni Negrín apelaron a esta clase de argumentos mientras tuvieron esperanza de conseguir la victoria.

El informe de la comisión de juristas tenía otro objetivo: establecer las decisiones del Gobierno de la República que quedaban directamente afectadas por la ilegalidad. Se tiene la impresión de que el nuevo Régimen, siendo al principio una dictadura, estaba interesado en disponer de un documento solemne que permitiera conservar unas leyes y declarar inexistentes otras, facilitándose las decisiones creadoras de la legalidad. Una dictadura, nacida de un alzamiento militar y de una rebelión popular muy amplia, no necesita de precedentes, pero le conviene mucho trazar la línea de separación entre lo «bueno» que debe ser conservado y lo «malo» que hay que destruir. Al final, Franco y Negrín coincidían, a finales de 1938, en una misma propuesta: todo debía ser reordenado mediante una concentración del poder en la mas alta dirección del Estado.

III. EL AVANCE HASTA BARCELONA.

1. Preparandose para asestar el golpe definitivo en Cataluña, Franco hizo manifestación de su religiosidad haciendo un viaje a la tumba del Apóstol, en Compostela, el 4 de diciembre. Brunete y el Ebro aparecían ligadas a la fiesta del patrón Santiago que, en dos años consecutivos, desafiaran los republicanos con resultados para ellos

desastrosos. No se diga que estamos haciendo simple literatura, pues esta coincidencia fue ya en la época presentada como una prueba de que la providencia velaba por su Causa; de este modo compensaba el Generalísimo la mala nota de rechazar una propuesta de tregua navideña hecha desde el Vaticano. Franco parecía tener ahora una prisa que antes no mostrara: había fijado la fecha del 10 de diciembre para el comienzo de la ofensiva, pero a causa del mal tiempo y otras circunstancias, hubo de retrasarla hasta el 23, día poco oportuno en el calendario católico. Había que compensar a la Santa Sede por esta y otras circunstancias, como el silencio de los medios de comunicación no clericales en torno a la *Mit brennender Sorge.*[12] Todos los matices, aun aquellos de los que no podemos dar una explicación concreta, deben ser tenidos en cuenta.

En la misma reunión del 22 de diciembre de 1938 a que nos hemos referido, fue aprobado un decreto que obligaba a todas las empresas a abonar, en las fiestas de Navidad de cada año, una paga extraordinaria a sus empleados equivalente a una mensualidad –en la práctica no se observó en todos los casos– explicándose que se trataba de subrayar la importancia religiosa de dicha conmemoración. Aunque los argumentos empleados en el decreto sean de este tipo, cabe la sospecha de que se pretendía compensar la subida de los precios con una elevación de los ingresos que no se imputase a crecimiento de los salarios. Al mismo tiempo la muerte del general Martínez Anido, al que se atribuían las represalias que se estaban tomando –lo que, sin duda, no era cierto, ya que la responsabilidad de los castigos se encontraba ampliamente repartida– permitió introducir una modificación en el Gobierno.

Desapareció el Ministerio de Orden Público y sus funciones se sumaron a las de Interior para constituir el Ministerio de la Gobernación que era el de Serrano Suñer. En buena lógica este cambio podía considerarse como un progreso: las funciones de la Policía no deben permanecer aisladas de las que ejercen los organismos de administración y bien general. En estos momentos, sin embargo, significaban un incremento en el poder de Serrano Suñer, que retenía el control sobre la prensa y los medios de comunicación social.

Al término de la batalla del Ebro se estaba debatiendo en el Cuartel General la cuestión de cuál debería ser el siguiente objetivo: los que rodeaban al Generalísimo pensaban que había que volver sobre Valencia, cuya caída arrastraría la de Madrid; pero los jefes del Ejército del Norte pensaban que había que comenzar por Cataluña. La decisión fue tomada el 26 de noviembre y contenía la marcha sobre Barcelona.[13] Yagüe mostró su entusiasmo por medio de una calurosa carta[14] y Kindelán apoyó la idea negándose a dividir sus fuerzas aéreas para acudir a los requerimientos de Queipo de Llano.[15] Éste, sin duda, conocía ya los propósitos de Miaja de atacar en Extremadura o Andalucía. Desde el 15 de diciembre estaba circulando por la zona Centro una orden de operaciones que fijaba como objetivo la supresión de un saliente en Cabeza de Buey para obligar a los nacionales a enviar allí sus reservas. Pero Vicente Rojo recomendó a Miaja que no iniciara la operación hasta el momento mismo de la ofensiva de Franco sobre Cataluña.

2. La atención de la prensa extranjera comenzaba a girar en favor de los nacionales. Un periodista de *La Petite Gironde* de Burdeos, Jean Faucon, aceptó realizar un viaje de estudio por esta zona y publicó, el 20 de diciembre, un entusiasta reportaje

poniendo especialmente el acento en la labor humanitaria y caritativa de la Sección Femenina. No cabe duda de que se trataba de un encargo, aunque ignoramos las condiciones exactas en que se produjo. Había en el reportaje una clara intención de establecer principios de concordia, afecto y reconciliación.[16] El 1 de enero de 1939 *El Diario Vasco* de San Sebastián publicó una larga entrevista del Generalísimo concedida a Manuel Aznar, un periodista de experiencia y mucho prestigio profesional; en otro tiempo había sido director de *El Sol*, que era el periódico de Ortega y Gasset.[17] La entrevista sustituía, en aquella ocasión, al mensaje radiado de costumbre. «Desde un lugar del frente» José Antonio Girón, que mandaba la tercera bandera de Castilla, envió al Caudillo su felicitación, también entusiasmada.[18] Era conciencia general que la guerra iba a concluir y el pesimismo de meses atrás estaba siendo sustituido por un optimismo que parecía excesivo.

Franco anunció que «en los meses venideros de este año» lograría «la victoria militar más rotunda» y que inmediatamente emprendería otras tareas «más arduas y complejas». Era un no rotundo a la negociación. Leída a muchos años de distancia la entrevista se presenta con tonos duros y aristas militares, tan diferentes de las de los políticos. No esperaba, por tanto, hallar complacencias; en otra ocasión distinta y no muy lejana, el Generalísimo llegaría a decir que, a fin de cuentas una paz no es otra cosa que el intervalo entre dos guerras por lo que necesitaba mantener el país constantemente sobre las armas. En la declaración del 1 de enero que estamos examinando se presentaba sobre todo como enemigo del comunismo: «el designio de la Rusia soviética para desintegrarnos, para corrompernos, para envilecernos más, sigue en pie». El tema de la posición de España en el caso de una más que probable guerra europea fue abordado por él, como si fuera ratificación explicativa de la declaración de neutralidad de aquel verano. Sólo admitía tres posibilidades de tener que volver a la lucha: «tres razones, la primera es la defensa de la fe de Cristo si la Iglesia se viera amenazada como en otros siglos, la segunda la defensa del territorio amenazado de invasión, la tercera el intento de reducirnos a esclavitud en el Mediterráneo». Términos suficientemente vagos como para no tener que señalar enemigos concretos.

El Jefe del Estado español no se presentaba en modo alguno como aliado potencial de los países del Eje Roma-Berlín. Manifestaba sin embargo ya en este momento su simpatía hacia la causa de los árabes, en razón de «mis años de África, que viven en mí con indecible fuerza». En apariencia, al menos, el objeto fundamental de esta declaración a Aznar era adelantar un hecho que, desde su experiencia militar, consideraba inminente: la guerra de España iba a concluir. Tenía a sus órdenes ya un millón de hombres movilizados, superiores en cantidad y calidad a las fuerzas del enemigo, que se desintegraba rápidamente.[19]

Las preguntas, que no rehuía, y que en todas partes se formulaban aunque con deseos muy variados, se referían al después. ¿Iba a decretarse una amnistía, buscando la reconciliación entre los dos bandos? Abiertamente Franco respondió que no, haciendo algunas matizaciones. Comenzó tomando precisamente la frase que Unamuno pronunciara en el famoso incidente de Salamanca: «yo aspiro no solamente a vencer, sino a convencer». El propio texto permite entender que esa convicción se dirigía a sus partidarios que debían confluir en el acierto de su elección, ahora que se trataba de empezar la construcción del nuevo Estado; de los enemigos dijo que

esperaba que se arrepintiesen y se convirtiesen en colaboradores. Convencer, en suma, a todos los españoles, de que el Régimen que iba a nacer era la mejor fórmula. No explicó en cambio cómo esperaba efectuar el trasvase de tantos adversarios como directa o indirectamente se colocaran en contra suya.

Pasó luego a delinear un esquema de la represión que se estaba efectuando y que continuaría después: la Guerra Civil había sido ocasión de que se cometiesen muchos delitos, los cuales eran punibles en tiempo de paz y no debían quedar sin castigo; la purgación de penas era indispensable para la reintegración en sociedad. La amnistía –esto es, el reconocimiento de que los actos no debían ser considerados como delitos– quedaba excluida y, para algunos, el exilio debía convertirse en definitivo: los «criminales empedernidos» no debían volver. La condición indispensable para la reconciliación era el arrepentimiento: los rojos tenían que abjurar de su condición. En definitiva, expresó con claridad todo lo que los vencedores hacen, normalmente sin reconocerlo. Como alivio a la tensión que todo esto producía, sin la menor duda, anunció dos medidas concretas:

- las sentencias pronunciadas o que se pronunciasen en lo futuro, expresadas en años de prisión, no serían cumplidas, pues se arbitrarían medios que permitieran reducirlas sustancialmente; con ello se extinguirían todas las secuelas de la guerra;
- como la justicia militar se había mostrado excesivamente rigurosa y por esta razón se habían cometido errores, habría una revisión general de los procesos para que las sentencias pudieran ser rebajadas, pero nunca incrementadas.

Franco no se erigía en juez. Tal cometido correspondía a los tribunales militares o civiles según los casos. Pero como Jefe de Estado se declaraba en disposición de arbitrar los medios para, sin interferir en el ejercicio de la justicia, que no discutía, hacer que todo el proceso de depuración, castigo y represión se abreviase. De este modo imaginaba un futuro distinto.

3. Las directrices del Cuartel General de Salamanca del 26 de noviembre, cuando 260.000 hombres, 1.086 cañones y 346 aviones se disponían para avanzar hasta Barcelona, preveían una doble ruptura, desde Tremp y desde Serós, a fin de destruir el Ejército de maniobra en el Segre. Éste era, sobre el papel, muy numeroso, pero en la práctica no valía nada a causa de la desmoralización. Se esperaba que, vencida la primera resistencia, se produjesen avances muy rápidos porque detrás de aquellas fuerzas no quedaba ya nada. Y así sucedió. También se dieron instrucciones acerca del trato que debía reservarse a Cataluña: algunos oficiales podían verse tentados por el anticatalanismo, y esto debía prohibirse. Las consignas eran considerar que la masa de población catalana estaba esperando la llegada de los nacionales, que sería su liberación, que no había que molestarse por el uso de su lengua, y que debían causarse los menores daños materiales posibles. El temporal, muy fuerte –las comunicaciones en Castilla se interrumpieron–, obligó luego a retrasar la operación.

Los dos ataques, que comenzaron al alba del 23 de diciembre, tenían por objeto la ocupación de Artesa de Segre y de Borjas Blancas que eran las grandes ciudade-

las fortificadas por los rojos. El avance en el sector norte, donde el mismo 23 se logró la ruptura del frente entre Tremp y la Baronía, fue muy dificultoso, por el relieve áspero y por el tiempo inclemente, pero nunca se interrumpió. Hernández Saravia lanzó sus reservas al combate, las cuales combatieron con gran valor. Los días 24 y 25 fueron los de la gran batalla; pero desde el 30, como estaba previsto, se comprobó que los rojos ya no tenían fuerzas para enviar a la lucha. Artesa sería ocupada el 4 de enero.

Por el sur, donde el terreno era muy favorable, se repitieron las cosas. Modesto impuso terribles medidas disciplinarias para impedir la desbandada de sus tropas y de este modo consiguió frenar el avance nacional delante de Granadella. Entre los días 27 y 29 de diciembre se libró en este sector la gran batalla, pero desde el 1 de enero se comprobó que las reservas estaban agotadas. Fue el momento preciso en que Yagüe, con el Cuerpo de Ejército marroquí cruzó el Ebro dirigiéndose a Esplugas de Francolí. El 5 de enero cayó Borjas Blancas y el 6 Vinaixa. Todo estaba decidido.

Fue en este momento cuando el general Escobar, siguiendo órdenes de Miaja, lanzó sus tropas al asalto en el frente de Peñarroya: logró el 5 de enero una amplia ruptura entre la sierra de Patuda y el collado del Contrabandista. Queipo de Llano, instalado en Córdoba, envió sus reservas a tapar la brecha: tras un avance espectacular en las primeras veinticuatro horas, el Ejército de Andalucía consiguió establecer posiciones sólidas en la sierra Trapera. Los rojos entraron en Fuenteovejuna, pero Queipo estaba ya recibiendo refuerzos, en primer término la División 74. Queipo envió a Franco informes muy pesimistas pero el Generalísimo le desengañó: no se iba a interrumpir la campaña de Cataluña, de modo que tendría que arreglárselas con lo que se le enviaba. Los temores no se cumplieron. La 74 División se instaló en Castuera y el avance republicano terminó. Franco instruyó a Queipo: todo eso era una falsa alarma pues el enemigo carecía de fuerzas para una verdadera ofensiva y de todos modos Queipo seguiría recibiendo refuerzos que bastarían. También esto se cumplió. El 12 de enero Escobar comunicó a Miaja que se había detenido y que procedía pasar a posiciones defensivas.

Negrín reconoció que todo estaba perdido. En su mensaje del 24 de diciembre hizo un llamamiento a los mandos nacionales insistiendo en la propuesta de paz con reconciliación; a toda prisa comenzaron a aparecer en la *Gaceta* decretos que rehabilitaban a funcionarios civiles y militares separados de sus cargos por motivos políticos; y el 31 de diciembre hizo un llamamiento a Roosevelt para que impidiese que «el nuevo Anticristo y la Bestia apocalíptica» llegaran a triunfar. Fueron llamadas nuevas quintas, pero el único efecto era aumentar el numero de desertores.

4. El 6 de enero Vicente Rojo dio la orden de repliegue a la segunda línea de defensa, llamada L-2. Pero ésta no pudo resistir ni siquiera una semana: conquistados los Llanos de Urgel, una segunda ruptura se produjo. El 11 cayó Montblanch y el 15 de enero Tárrega. Entonces, efectuando un giro espectacular, fue cruzado el Ebro por Mora la Nueva y se hizo el avance desde el sur. El 13 los nacionales estaban en Tortosa y el 14 en Santa Coloma de Queralt. Al aproximarse el frente a Barcelona Franco pasó a Richthofen y a Kindelán órdenes precisas de evitar daños: «es necesario que ordene que no se hagan bombardeos a pueblos más que cuando sea imprescindible» pues esto «conviene tanto a nuestra riqueza como a nuestra política». ¿No era insensato destruir aquello que se tenía ya al alcance de la mano?

El 11 de enero, careciendo de reservas, Hernández Saravia ordenó el repliegue. El 15 los nacionales entraron en Reus y en Tarragona, que carecían de defensas. En sus *Memorias* Azaña anotó que ya no había Ejército. Todos los varones, de 17 a 50 años fueron movilizados para el frente. Declaración utópica, pues sin armas, instrucción ni uniformes nada era posible ya. Vicente Rojo ordenó establecer defensas en torno a Barcelona; se invocaba el ejemplo de Madrid en noviembre de 1936 para conseguir una defensa heroica que salvase en último término a la ciudad convirtiéndola en un baluarte aunque estuviese lleno de ruinas. Un día antes, el 16 de enero, Franco ordenaba a los suyos avanzar rápidamente para no dar tiempo al enemigo para que se rehiciera. Ese día los partes le indicaban la llegada a Cervera. Mientras tanto la tenaza que avanzaba al sur del Pirineo llegaba a Solsona: quedaba apenas una franja de frontera por donde seguía llegando material soviético que inmediatamente se repartía y se perdía.

Las fuerzas republicanas en retirada hacia Francia fueron dejando atrás montones de desertores y de prisioneros. El 21 de enero, mientras se lanzaban llamamientos a la resistencia, Negrín tomaba la decisión de hacer salir a los ministros y el equipo gubernamental, destruyendo lo que no pudieran llevarse; la nueva sede se fijó en Gerona. El 23 las unidades nacionales estaban en la línea del Llobregat y comenzaban el envolvimiento: Solchaga tendió un puente en Martorell y pasó al otro lado del río. También cayeron Manresa y el Prat de Llobregat. Tagüeña confesó que no era posible defender la ciudad; ya no había soldados para la resistencia. Las órdenes de Hernández Saravia para apurar el fin no pudieron cumplirse.

Así llegaron las horas supremas y difíciles. El 24 de enero de 1939 se declaró en la zona republicana el Estado de Guerra, algo que el Gobierno había estado retrasando para no entregar el poder a los militares. Miaja pasaba a ser el Generalísimo de la otra zona, sin contrapeso civil de ninguna clase. Daba la impresión de que Negrín pretendía prolongar la defensa cuanto fuera posible. Barcelona, repleta de heridos, sucia y arruinada, era un infierno. Los habitantes descubrieron entonces que los almacenes estaban repletos de víveres, como si se proyectase una resistencia a fondo: las mujeres entendieron en cambio que se trataba de una muestra del egoísmo gubernamental, que permitía el hambre de la población mientras los ministros no se privaban de nada, y organizaron el saqueo de los mismos; mucho se despilfarró. Por las calles comenzaron a aparecer patrullas franquistas que intentaban tomar el control mientras el Ejército se iba. A pesar de que la propaganda pintaba en términos sombríos las represalias que iban a producirse, los moradores de la ciudad, en su inmensa mayoría, decidieron permanecer, dando la razón a la propaganda franquista que afirmaba que eran más sus partidarios que sus enemigos. Franco prohibió la entrada de marroquíes y amenazó con castigos muy severos a los saqueadores.

Los últimos periódicos, cubiertos de soflamas patrióticas para la resistencia, se publicaron el 25 de enero; pero a la tarde de ese mismo día las redacciones cesaron el trabajo. Nadie mandaba. Los veinte mil heridos que albergaba la ciudad estaban presa de pánico: temían las represalias que tanto se anunciaran. Las radios nacionales intentaban dar la imagen contraria. Algunos soldados se arriesgaron por su cuenta a entrar en Barcelona y no hallaron enemigo. A las doce y media de la mañana del 26 de enero las banderas bicolores asomaron por Montjuich, Vallvidriera y el Tibidabo; se había completado el cerco. A las tres de la tarde, por las ramblas, en medio

de una muchedumbre entusiasmada de partidarios, desfilaron las tropas nacionales. Yagüe llegó a la plaza de Cataluña cuando un grupo de exaltados procedía a arrancar la placa que llevaba este nombre; amenazándolos con una fusta se lo impidió. Aquél era el corazón mismo de Cataluña y, pese a cualquier circunstancia, tendría que seguir siéndolo.

IV. EL FINAL DEL RÉGIMEN REPUBLICANO.

1. La última esperanza de Negrín ya no iba más allá de salvar una imagen de la República, pacífica, aplacada y civilizada. La agresividad de los primeros meses de la guerra tenía que olvidarse. Negoció con la Embajada de Francia, aún presente, un internamiento de las tropas en el vecino país y, al mismo tiempo, propuso a ésta y al encargado de negocios inglés una capitulación completa siempre que no hubiera represalias y se le considerara como único responsable ante los nacionales. No es posible creer que él pensara en la posibilidad de aceptación por sus enemigos; para éstos no pasaba de ser un gesto hipócrita, en modo alguno aceptable. A las 10 de la mañana del día 28 de enero se abrió la frontera francesa y comenzaron a pasar los fugitivos, inmediatamente desarmados. También se evacuaron los cuadros procedentes del museo del Prado, trasladados a Cataluña; se repartieron por Peralada, Figueras y una gruta próxima a esta localidad. La Presidencia de la República se instaló en Peralada entre los días 23 de enero y 1 de febrero, fecha en la que Azaña se trasladó a la aldea fronteriza de La Bajol, desde donde la fuga era sumamente fácil. Para evitar que Hernández Saravia, destituido, fuera enviado ante un Consejo de Guerra, Azaña le nombró su ayudante.

Todo era absurdo. El nombramiento de Jurado como jefe del GERO el 27 de enero no podía servir sino para asegurar de algún modo la retirada.

El general Rojo trazó sobre el papel una línea de resistencia, L-5, la última, y cursó a todas las unidades la orden de despegarse del enemigo y situarse a lo largo de ella. Franco retiró a los marroquíes para evitar que fuesen vistos en la frontera; estaba decidido a llegar a ésta para no dar tiempo al enemigo a rehacerse ni a crear un conflicto internacional. Sus tropas no descansaron tras la toma de Barcelona y, a pesar de la copiosa nieve que descargaba en las tierras altas del Pirineo, pudieron avanzar rápidamente restableciendo el contacto con las fuerzas enemigas en retirada.

El sábado 28 de enero, precediendo a un Consejo de Ministros que se celebró aquella misma noche, Azaña, Negrín y Rojo celebraron una entrevista.[20] En ella reconocieron que no había la menor esperanza. También examinaron la conducta de las autoridades francesas que se negaban a permitir el paso de las tropas hacia la zona aún en poder de la República. Se acordó celebrar un pleno de las Cortes. Sería el último y para ello se habilitaron los sótanos del castillo de Figueras. Los ministros se sentaron en un banco corrido y los diputados en sillas que se trajeron de un cine inmediato. De los 473 diputados que componían las Cortes asistieron menos de setenta; muchos de los huecos pertenecían a personas que habían sido asesinadas sin que mediara juicio ni protesta de los supervivientes. Se otorgaron plenos poderes a Negrín aunque no se sabe muy bien con qué objeto.

Éste dijo que no se debía capitular, pues el Ejército del Centro estaba intacto. Aquel día, 1 de febrero, dejó prácticamente de existir la República.

2. El día 4 de febrero una orden del día comunicaba al Ejército Popular que el Gobierno pasaba a Francia para retornar luego a la zona centro, donde la guerra seguiría. En ese día y los inmediatos siguientes fueron asesinados muchos de los prisioneros que acompañaban a los milicianos en su retirada, cuyos cadáveres insepultos serían encontrados por los nacionales. Azaña se negó a viajar en avión porque temía ser llevado a la zona centro; había tomado ya la decisión de dimitir y de no poner su firma en ningún documento que no fuera el de la capitulación que seguía reclamando. En la madrugada del 5 de febrero el Gobierno emprendió la marcha en coches de la policía. Tenían noticia de que los nacionales eran dueños de Gerona desde el día 4. Negrín regresó a zona republicana pero se fue definitivamente el día 7. En ese momento los nacionales entraban en Figueras. La ocupación total de la frontera se consumó el día 10. En el barranco de Can Tretze fueron hallados los cadáveres del coronel Rey d'Harcourt y del obispo de Teruel, Anselmo Polanco. De modo que las represalias se ejercieron hasta el último instante. Un aspecto de la guerra que no debemos desatender. El 11 de febrero las autoridades francesas autorizaron el paso de un destacamento para tomar posesión del enclave de Llivia. Entre el botín capturado figuraban los cuadros del Museo del Prado que antes mencionamos.

Aprovechando la caída de Cataluña, Fernando Sartorius, conde de San Luis, que había sucedido a Ramón Franco en el mando sobre la base naval de Palma de Mallorca, se puso en contacto con el comandante republicano de Menorca, González Ubieta, para negociar una capitulación; como mediador actuó el cónsul británico, Hillgarth, que tenía a su disposición el crucero de esta nacionalidad, Devonshire. Los ingleses eran parte interesada en la operación, pues se trataba de impedir que los italianos pusieran el pie en la isla; había fundadas sospechas de que Mussolini pretendía conseguir en ella una base. Es cierto que los barcos italianos trataron de impedir la negociación bombardeando Mahón, pero Sartorius consiguió demostrar que esta operación estaba dirigida contra sus proyectos. La idea era que todos los habitantes o militares destacados en Menorca pudieran salir libremente para evitar así las represalias. Esto se cumplió. Mussolini tuvo de este modo constancia de lo que Franco entendía por ser reducido a un papel secundario en el Mediterráneo.

Se tiene asimismo la impresión de que Franco deseaba provocar el exilio; las operaciones en Cataluña se habían hecho en forma tal que las tropas quedaran arrinconadas y sin otra opción que entrar en Francia. Era evidentemente un medio de restar dimensiones a la represión. Una vez fuera quedaba en libertad de conceder o negar el permiso de retorno. De esta represión nadie dudaba. El propio Franco nunca buscó para sí la imagen de un gobernante blando, aunque sí la de quien estaba dispuesto a perdonar, a aminorar las penas. En varias ocasiones, hablando con sus colaboradores y allegados, se refirió al temor que le producían las venganzas privadas, en especial de quienes habían padecido miedo y persecución; para evitarlo no veía otro recurso que el de canalizar todas las denuncias a través de la justicia militar. Ésta era dura, por su propia naturaleza, y por eso tenía que ser rebajada a posteriori en sus efectos. Tampoco estamos tratando aquí de introducir ninguna calificación; solamente explicar lo que, a juzgar por los datos que poseemos, era su modo de pensar.

De los 400.000 soldados aproximadamente que cruzaron la frontera muchos regresaron ya en el mes de febrero. No fue bueno el trato que dispensaron los franceses a los refugiados, encerrados en campos de concentración, rodeados de senegaleses armados, dando la sensación de que se trataba más de prisioneros que de internados... Pronto quedaron sólo 160.000 fuera de España. El exilio fue, sin duda, un mal, aunque sus perniciosos efectos se hayan exagerado con frecuencia.[21]

La caída de Barcelona causó gran impresión en toda Europa, acaso porque nadie esperaba un final tan fulminante. Las columnas de fugitivos causaban en Francia profunda impresión. Entre ellos se contaba el poeta Antonio Machado. Iba «ligero de equipaje, casi desnudo, como los hijos de la mar». El destino le negaría su posterior retorno a España pues murió a los pocos días, dentro del mismo mes de febrero, en el hotel Quintana de Collioure, casi en el tiempo en que su hermano, Manuel, preparaba el discurso de ingreso en la Academia de la Lengua para la que había sido elegido pocos meses antes.[22] Azaña llegó a París, pero abandonó casi inmediatamente la Embajada española negándose a reasumir las funciones de la Presidencia. Diego Martínez Barrio, presidente de las Cortes, a quien de acuerdo con la Constitución de 1931 correspondía la sucesión, se negó a asumirla.

[26] Franco los despidió oficialmente el 3 de octubre. Quedaban en este momento otros 12.000 voluntarios, a las órdenes de Gambara porque Mario Berti también se fue. J. F. Coverdale, *op. cit.*, p. 330.

[27] R. de La Cierva, *Franco*, p. 249.

[28] Declaraciones de 6 de noviembre de 1938 en *Documentos*, I, pp. 206-214.

[29] Según R. Salas, *op. cit.*, IV, p. 3.303, se produjeron 4.000 muertos, 38.000 heridos y 15.000 bajas por enfermedad; son menos que en Teruel o Brunete.

[30] J. M. Martínez Bande, *La batalla del Ebro*, pp. 273-293.

[31] Informe Stohrer de 2 de octubre. *Wilhelmstrasse*, III, p. 629-631.

[32] Informe Stohrer de 19 de julio. Goicoechea añadió que ningún príncipe de la Casa Real se prestaría a esta infamia. *Wilhelmstrasse*, III, p. 642-647.

[33] Despacho Stohrer de 27 de octubre. *Wilhelmstrasse*, III, p. 651-652.

[34] La muerte de Ramón Franco dio lugar a especulaciones fantásticas como es frecuente en tales casos. Fueron recogidas ya por R. de La Cierva en su *Francisco Franco* (2.ª ed., posterior a la muerte del Caudillo), IV, p. 60 y no es necesario repetirlas aquí. Carmen Díaz, *Mi vida con Ramón Franco*, Barcelona, 1981, y Ramón Garriga, *El hermano maldito*, Barcelona, 1978, han tratado de insistir en las malas relaciones entre Francisco y Ramón con claro intento de demostrar la mala voluntad del Generalísimo, en todo caso después de la muerte de éste. José Antonio Silva ha hecho un estudio técnico y no le cabe la menor duda de que fue accidental la muerte de Ramón y de sus cuatro acompañantes. También en el Mediterráneo se producen terribles borrascas algunas veces.

[35] Informe de 19 de noviembre. *Wilhelmstrasse*, III, p. 668-675.

Notas al Capítulo 34.

[1] Fueron descifradas las claves de 1938 y las de 1939 según nota fehaciente que se pasó a Franco.

[2] La cuestión de Marruecos preocupaba especialmente a Francia porque en relación con el ascenso de los totalitarismos en Europa, se estaba produciendo la reagrupación de nacionalistas marroquíes. Según los datos de Ungría el Gobierno de Negrín trataba de establecer contactos con ellos desde Tánger para crear un conflicto en la retaguardia a Franco. El 12 de noviembre un abogado de París, al que se identificaba como Mr. D, en relación con el Quai d'Orsay y con un comandante del Deuxieme Bureau, advirtió a Ungría que existía entre los franceses una gran preocupación porque la propaganda de Beigbeder estaba resultando sumamente eficaz. Debía por tanto advertirse al alto comisario que corría peligro de sufrir un accidente, valiéndose para ello de una de sus amantes, la señorita Fox, que pertenecía al Intelligence Service. Este nombre reaparecerá luego en otras circunstancias. Naturalmente los que proporcionaban la noticia querían también que el Gobierno español comunicase por la misma vía cuanto supiera de la agitación nacionalista marroquí. Los informes de Ungría de 10 y 12 de noviembre en *Documentos*, I, pp. 215-218.

[3] Desde el 14 de noviembre de 1938, Kindelán, que conocía bien las deficiencias y limitaciones de las fuerzas aéreas bajo su mando (en una nota del 17 de dicho mes llegaría a advertir que sólo había piezas de recambio para dos meses) comenzó a presionar para que se diese prioridad a Cataluña. Él consiguió que Franco cambiara los pedidos de compra en Italia a fin de que se diera prioridad a los antiaéreos, sacrificando otro material, y también que se rechazara la petición de Queipo de Llano para una dispersión de las fuerzas aéreas con objeto de proteger su Ejército del Sur. A mediados de noviembre todo estaba dispuesto: incluso se habían señalado en mapas los objetivos precisos de aviación en las ciudades. Kindelán recomendaba la concentración de todas sus fuerzas en un solo punto para abrir una brecha y completar la desmoralización del enemigo, destruyéndolo. Los despachos publicados en *Documentos*, I, pp. 224, 276 y 279.

[4] Resumen de datos en J. y R. Salas Larrazábal, *La guerra civil*, pp. 629-630.

[5] R. de La Cierva, *Franco*, p. 254, ha hecho un análisis de los datos proporcionados por Azaña, Vicente Rojo, Tagüeña y Líster. Son tan abundantes las diferencias entre las cifras

proporcionadas que resulta clara la demostración de que se trata de recuerdos adulterados para justificar una derrota que resultó demasiado rápida y frágil. Tampoco son ciertas las alegaciones de falta de material. Eran exactas, en cambio, dos apreciaciones: la completa desmoralización que imperaba –ninguna esperanza de victoria quedaba ya– y la escasísima capacidad de los combatientes; carecían de instrucción militar, no tenían experiencia en el combate y, en muchos casos, contaban con una edad excesiva para lo que de ellos se esperaba.

[6] R.A.C. Parquer, *Europa 1918-1945*, Madrid, 1978, pp. 361-363. Dos informes del SIPM, uno de 12 de junio, otro de 19 de agosto, recogen esa opinión de medios militares: en Alemania el Ejército era independiente del Partido y no creía que la nación estuviese preparada para una guerra. Franco, militar, con sus principales colaboradores, creía que el Ejercito podía dominar la situación.

[7] El largo informe de 21 de noviembre que vamos a utilizar está publicado en *Documentos*, I, pp. 225-236.

[8] W. von Oven, *op. cit.*, p. 492. El barón, sobrino del famoso «Barón Rojo» en cuya escuadrilla militara Goering durante la guerra, trajo su propio Estado Mayor.

[9] Nota de 20 de diciembre en *Wilhelmstrasse*, III, pp. 678-679.

[10] V. Cárcel Ortí, *op. cit.*, pp. 327-337.

[11] La comisión estuvo formada por 22 personas. Trece de ellas eran antiguos diputados en Cortes y diez habían sido ministros, de la Monarquía o de la República. Presidía Ildefonso Bellón Gómez magistrado del Tribunal Supremo, y eran sus miembros: Rafael Aizpún, Eduardo Aunós Pérez, Salvador Bermúdez de Castro, Abilio Calderón Rojo, Federico Castejón, José María Cid Ruiz Zorrilla, Joaquín Fernández Prida, el conde de Romanones, Santiago Fuentes Pila, Rafael Garcerán Sánchez, José Gascón y Marín, Antonio Goicoechea, Wenceslado Gonzáles Oliveros, Rafael Matilla Entrena, José Luis Martialay Palau, José Manuel Pedregal, Alfonso Pons Umbert, Adolfo Rodríguez Jurado, Romualdo de Toledo y Robles y José María Trías de Bes (BOE 22 de diciembre de 1938). Se trataba de analizar sobre todo tres cuestiones:

a) el fraude electoral de febrero del 36, ya que las informaciones eran muy divergentes;
b) la grave ilegalidad que significaba la instalación del Frente Popular en el poder antes de que el proceso electoral hubiera concluido; y
c) cuántos y cuáles eran los actos criminales, de violencia y de ilegalidad cometidos desde esa fecha.

Fraga Iribarne diría años después que el documento redactado era importante jurídicamente.

[12] El silencio fue impuesto a los medios de comunicación dependientes del Gobierno. Serrano Suñer quiso que se aplicase al texto traducido por Gomá e inserto en los boletines diocesanos pero Franco se negó.

[13] J. M. Martínez Bande, *La campaña de Cataluña*, Madrid, 1979, pp. 15-19, recoge los datos y obras que se publicaron explicando esta decisión.

[14] Publicada en *Documentos*, I, pp. 278-279.

[15] Son dos las cartas de Kindelán, de 2 y 12 de diciembre respectivamente: en ellas no sólo se oponía a las pretensiones de Queipo, sino que explicaba las acciones alternativas que podían emprenderse en Cataluña. *Documentos*, I, pp. 276-278 y 279-281.

[16] La encuesta pretendía ser una comparación entre la situación de las dos zonas, naturalmente en términos condenatorios para la republicana y elogiosos para la nacional. Ejemplares del periódico fueron conservados tanto por la Sección Femenina como por el propio Franco.

[17] La entrevista fue publicada también en la *Vanguardia española*, de Barcelona, el 4 de abril; de aquí la han tomado sus editores, Carmen García Nieto y Javier Donézar, *La España de Franco 1939-1973*, Madrid, 1975, pp. 45-46. Aznar desempeñaría papeles muy importantes después en el Régimen; formaba parte de ese grupo de personas que, procedentes de actitudes liberales, había decidido que la victoria del Frente Popular sería para ellas el mal peor. Sirvió al Régimen, pero sin incurrir en adulaciones.

[18] Franco respondió a esta carta el 16 de enero, cuando ya era inminente la llegada a Barcelona. *Documentos*, I, pp. 291-292.

[19] R. Salas Larrazábal, *Los datos exactos*, pp. 172-174, es quien ha establecido el cálculo. En aquellos momentos había 14 reemplazos movilizados.

[20] Poseemos de esta entrevista únicamente las noticias que proporciona Azaña en sus *Memorias*, III, p. 539. Según el Presidente fue él quien propuso que se pidiese a Francia y Gran Bretaña que cursasen la capitulación inmediata con las mejores condiciones que fueran posibles pero no fue atendido. Contrasta este dato con el dado por Negrín.

[21] El número de fugitivos se presta lógicamente a un debate. Pero conviene advertir que las diferencias entre unos autores y otros no son muy grandes. R. Tamames, *op. cit.*, p. 322 acepta la cifra de 400.000 a los que se sumaron posteriormente otros, redondeando el medio millón. Éste fue censado por la Embajada de México en Paris, pero incluyen muchos españoles que residían habitualmente en Francia o procedían del otro bando. La inmensa mayoría de los exiliados regresó pronto. Javier Rubio, *La emigración española a Francia*, Madrid, 1974, establece en 140.000 los emigrados viviendo en Francia en 1940, y en 50.000 los refugiados en otros países

[22] El caso de Antonio y Manuel Machado puede ser paradigmático. Militaron en bandos distintos en la guerra. El primero ha sido exaltado como gran poeta que era, el segundo injustamente condenado al olvido.

Notas al Capítulo 35.

[1] Los telegramas, llegados al mismo tiempo que las felicitaciones de Hitler y Goering. *Documentos*, I, pp. 290-291. Es significativa la expresión en el mensaje del feldmariscal: «asombro ante sus valientes tropas».

[2] *Documentos*, I, p. 166.

[3] Ver *Crónica de la Sección Femenina y su tiempo*, Madrid, 1993, pp. 67-68. Esta visita es importante por más de un aspecto. Junto a la admiración por las obras sociales y económicas alemanas y por su disciplina, se aprecian actitudes críticas: había que crear instituciones y servicios españoles, no copiar, y menos introducir el espíritu nazi. Este aspecto desempeña luego un papel importante.

[4] *Wilhemstrasse*, III, pp. 680-683.

[5] En la primera edición de su obra *Francisco Franco*, II, pp. 124-125, R. de La Cierva publicó el informe que acerca de esta entrevista envió Richthofen a Kurt Shwendeman, director de la sección española en la Wilhelmstrasse. Dicho informe fue pasado luego a Hitler. En torno a la declaración de neutralidad, Franco expuso dos argumentos:

a) que al no ser informado de la cuestión por el Gobierno alemán había llegado a la conclusión de que éste deseaba se mantuviese al margen de todo el problema checo y no perjudicar en modo alguno la marcha de los asuntos españoles; y
b) que su declaración de neutralidad había ayudado mucho al Führer en los esfuerzos que hiciera para salvaguardar la paz, la cual habría estado en peligro en caso de una posición española en sentido contrario. Jugaba pues con la verdad oficial de que Hitler quería la paz. Halagó los sentimientos alemanes diciendo al barón «que no comprendía por qué sus relaciones políticas con Alemania debían ir siempre vía Roma».

[6] *Wilhelmstrasse*, III, pp. 690-692 y 699-700.

[7] *Wilhelmstrasse*, III, p. 700.

[8] Informe de 19 de febrero en *Wilhelmstrasse*, III, pp. 701-710.

[9] Vigón encargó a Eugenio Vegas Latapie un borrador de ley fundamental en que se especificasen las funciones y poderes del rey. Este borrador no fue nunca utilizado. Ver L. López Rodó, *La larga marcha...*, p. 19; el texto íntegro en Eugenio Vegas Latapie, *La Frustración en la Victoria, op. cit.*, pp. 460-472.

[10] El acuerdo fue inmediatamente comunicado al embajador alemán, el cual comprendió muy bien cuál era su verdadero alcance: diciendo sí a la cooperación frente a la propagan-